

INSTRUCCIONES PARA OLVIDAR EL QUIJOTE



Es recomendable intentar olvidar el Quijote? Y, por supuesto, ¿cuál es ese Quijote que podría ser sano olvidar? Es evidente que Don Quijote de la Mancha no es solamente un personaje de ficción literario, sino muchas más y más graves cosas: un mito nacional, un ideal irónico, la silueta de una concepción del mundo, el origen de un adjetivo descalificador o encomiástico, el último héroe y el primer antihéroe... Don Quijote es más un prototipo que un tipo; su figura melancólica y asténica está embadurnada con purpurinas, énfasis y aureolas que encuentran en la novela de Cervantes poco más que un discutible pretexto. Quizá el novelista de Alcalá soñó a su criatura -al menos en un principio- como una caricatura más jocosa que educativa, pero lo cierto es que aumentó el mundo con otro complejo y ambiguo símbolo, con el retrato de un anhelo. No es su culpa, sospecho que apenas es mérito suyo. Hay algo en Don Quijote que pide ser trascendentalizado, algo que lo emparenta con el mundo religioso. ¿No es acaso toda religión la hipóstasis del conflicto entre la inercia de este mundo material y las supremas incitaciones de otro mundo? ¿No es Don Quijote el arquetipo de la fe ciega en los cánones establecidos por los textos sagrados? ¿No se debate permanentemente -como toda religión y toda demencia- en el conflicto entre lo real y lo ficticio, lo percibido y lo proyectado, lo que constriñe y lo que exalta, los milagros y las biblias pesadas? Casi inevitablemente, Don Quijote ha salido de la novela para subir a los altares y recibir el culto que merece un santo desastroso pero entusiasta. Tal exaltación no se ha efectuado sin pérdida de ciertos matices importantes del personaje ni sin la invención por hagiógrafos tardíos de virtudes muy dudosas. Hasta tal punto que reclamar cierto olvido para este mito arrollador pudiera no ser iconoclastia sino fidelidad.

De Don Quijote se habla, su leyenda es utilizada como metáfora o como advertencia, enriquecida con episodios modernos, pero la novela de Cervantes es comparativamente muy poco leída. Cuanto menos atención se presta al texto, más se acentúan en el personaje exento los rasgos menos inocentes de un prototipo sobrecargado. Hasta tal punto que podría decirse, sin paradoja excesiva, que la mejor forma de comenzar a olvidar el Quijote es leerlo. Sin embargo, ésto no es todo. La propia novela cervantina abunda en trazos caricaturescos que si son tomados en serio como modelo pueden propiciar peligrosas distorsiones en la idealización del héroe. Un personaje literario no tiene por qué ser juzgado por sus repercusiones sociales o éticas, pero un mito quizá sí. Ya se han señalado las conexiones de Don Quijote con el ámbito de lo religioso; una cierta interpretación romántica o tardorromántica del personaje, cuyo ejemplo pudiera ser Unamuno, ha querido hacer de él un perso-

naje *trágico*. No faltan sin duda similitudes que apuntan en esta dirección. El protagonista de la tragedia, sobre todo en Sófocles, se caracteriza esencialmente porque no escucha las advertencias o súplicas de quienes le rodean: “¡Oh, tú, que nunca oyes!”, “¡Tú, obstinado, que no reparas en lo que te dicen”, tales son algunas de las más usuales invocaciones que se le hacen y es que el personaje trágico no puede ser persuadido ni transige, insiste sencillamente una y otra vez en sus motivos, reitera su obsesión y pasa de largo hasta su destrucción final; es un poseso, un maniático, precisamente como el delirante Don Quijote. El hidalgo manchego tampoco escucha jamás a nadie: en vano Sancho se desgañita señalándole molinos donde él ve gigantes, rebaños de ovejas en lugar de ejércitos o mozas de partido en vez de altas doncellas; y también en vano diversos personajes ponen en duda con mejores o peores razones la existencia de caballeros andantes o la verosimilitud de las novelas por ellos protagonizadas. “Todo puede ser”, dice sin inmutarse Don Quijote y sigue a lo suyo como si nada hubiera oído. Pero hay una diferencia esencial entre la raza de Ajax o Antígona y nuestro Caballero de la Triste Figura. Los protagonistas de la tragedia representan una contradicción efectiva entre leyes opuestas, el choque de intereses o tradiciones difícilmente reconciliables en la paz de la ciudad. Don Quijote, en cambio, simboliza tan solo una opción puramente privada y por nadie compartida en el contexto social de sus andanzas. La grandeza trágica estriba en que los espectadores advierten las razones que asisten al héroe y vislumbran que pudiera haber triunfado, en otro mundo o convirtiendo al mundo en otro; pero Don Quijote está vencido de antemano, no corresponde a las posibilidades ni a las dificultades de su época, está *ridículamente* solo. Quienes conviven con el héroe trágico no desean más que liquidarle en cuanto advierten que no pueden convencerle, porque su actitud intransigente es una amenaza de stásis, de discordia civil; en contra de lo que se supone, las tragedias clásicas acaban siempre bien, precisamente porque la aniquilación del protagonista señala el inicio de una nueva armonía, dolorosamente rescatada. Pero la mayoría de los que se cruzan con Don Quijote no pretenden acabar con su locura, sino disfrutarla alegremente; fomentan su manía porque no supone peligro alguno para la comunidad establecida e incluso sirve para reforzarla por vía de absurdo.

Cuando el conflicto representado por el obstinado que a nadie atiende tiene alcance público y objetivo, la situación es trágica; pero si el maniático sólo ejerce la confusión desde una fantasía particular, subjetiva, entramos en el campo de lo *humorístico*. La clave de todos los falseamientos y de todas las malversaciones del quijotismo vienen a parar siempre en lo mismo: en una amputación del humor del

personaje. De ello también es ejemplo la “Vida de Don Quijote y Sancho” unamuniana, quizá porque Don Miguel no estaba demasiado sobrado de humorismo. Cierto es que las grandes obras literarias de humor tienen siempre algo de desconcertante, de equívoco, que propicia su desvirtuamiento en uno u otro sentido. “Los viajes de Gulliver”, por ejemplo, pierden lo corrosivo de su sátira y se transforman en historias estrafalarias para niños; tomado al pie de la letra, Don Quijote se convierte en paladín de la mixtificación descabellada del valor contra la que Cervantes quiso prevenimos. Y es que el humor es una de las mercancías literarias que más difícilmente conservan su frescura. Los elementos dramáticos, melodramáticos incluso, de la vida son pasablemente intemporales y ubicuos; los factores cómicos dependen de convenciones, etiquetas y otras minucias sociales. Un poema amoroso o un lamento fúnebre nos conmueven aunque nada sepamos de la sociedad en la que vive o vivió su autor; pero un chiste del país vecino o de hace diez años puede resultarnos impenetrable. Asistimos a una representación moderna de “Electra”, de “Macbeth”, de “Duchess of Malfi” con una emoción que en nada imaginamos inferior (¡todo lo contrario!) a la de los primeros espectadores de esas piezas terribles; pero necesitamos que adapten a nuestros presentes gobernantes o costumbres las puyas de Aristófanes o Plauto, las parodias de Molière o Sheridan. La risa es más circunstanciada y puntual que el miedo o la compasión, la sensibilidad que vibra con lo cómico ha evolucionado más que la que padece ante lo dramático. En su día, el Quijote debió ser un libro desternillante, capaz de hacer saltar lágrimas de risa a gentes con menos remilgos y mejor estómago que nosotros. Dentro de la propia novela los personajes suelen correrse grandes juergas a costa de los sufrimientos de Don Quijote y cierto rey español, como desde una ventana de palacio viera a un estudiante riendo a carcajadas con un libro en las manos, comentó a sus próximos: “Ese joven o está loco o lee las aventuras de Don Quijote”. En su “Autobiografía” consigna también Bertrand Russell un recuerdo infantil de su abuelo, puntuando con enormes risotadas la lectura del Quijote en su lengua original. Al lector de hoy no le es fácil compartir tan sana hilaridad. Lo más duradero del humor de esta novela, que coincide con el tipo de comicidad más primitiva e invariable, son las escenas de garrotazo y tentetioso, propias del masoquismo melancólico de Charlot o del sadismo desembozado de “Tom y Jerry”. Don Quijote y Sancho son con toda minuciosidad molidos a palos, mordiscos, coces, puñetazos, etc... cada pocas páginas de la novela; sus palizas tienen algo de onírico, como las de los dibujos animados, y es obvio que por más que les zurren nunca corren auténtico peligro de muerte y después de cada vapuleo van a reanimarse semi-milagrosamente. Hay que conservar un fondo de espontánea brutalidad infantil para disfrutar a lo largo de tantas páginas de estos veniales linchamientos y tal fondo suele faltar hoy a los aficionados a la literatura clásica.

Pero las complacencias sádicas de la novela son a menudo aún más refinadas. Con razón Vladimir Nabokov, en sus *Lectures on Don Quixote*, exclama: “Ambas partes de Don Quijote forman una verdadera enciclopedia de la crueldad. Desde este punto de vista es uno de los más amargos y bárbaros libros jamás escritos. Y su crueldad es artística”. Los momentos más crueles llegan casi hasta la traición del protagonista, sobre todo en la segunda parte de la historia,



cuando Don Quijote comienza a trampear con sus visiones o con el ejercicio de su valor, como si de vez en cuando *fingiese* su papel. ¿Puede imaginarse algo más atroz que un Don Quijote hipócrita? Sin embargo es lo que queda insinuado en el relato quijotesco de lo ocurrido en la sima de Montesinos y, aún peor, cuando el hidalgo abandona a Sancho en manos de sus enemigos, en el capítulo XXVII de la segunda parte. Hay desde luego humor en estas subversiones de la buena fe de un personaje que, en caso contrario, corre el peligro de parecer demasiado excelso dentro de su locura, pero es un humor ácido, nada obvio y poco apto para provocar carcajadas, al menos en nuestra individualista y escarmentada época. En otras ocasiones, es la evolución social la que nos prohíbe ciertos regocijos, como por ejemplo en el pasaje de los galeotes. Antes de intentar -y conseguir- liberar a esos infortunados, Don Quijote se interesa por los acontecimientos de su vida pasada que les han llevado a tal situación esclava. Uno de los reos, cabizbajo, no le responde, pero otro lo hace por él:

“-Éste, señor, va por canario, digo, por músico y cantor.

-Pues ¿cómo? -repitió Don Quijote-. ¿Por músicos y cantores van también a galeras?

-Sí, señor -respondió el galeote-; que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

-Antes he oído yo decir -dijo Don Quijote- que quien canta sus males espanta.

-Acá es al revés -dijo el galeote-; que quien canta una vez, llora toda la vida.

-No lo entiendo -dijo Don Quijote.

Mas una de las guardas le dijo:

-Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente non *sancta* confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le

condenaron por seis años a galeras, amén de doscientos azotes, que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan, y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimos de decir nones. Porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida o su muerte, y no en la de testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

-Y yo lo entiendo así -respondió Don Quijote". (Cap. XXII de la primera parte).

El que los chascarrillos sobre la tortura nos produzcan hoy más escalofríos que sonrisas debemos tenerlo sin duda por un tanto a favor de nuestra actual organización. Resumiendo: la comicidad del Quijote se ha ido espiritualizando con los años, haciéndose más agria y malvada, mientras que sus momentos payasescos nos parecen demasiado burdamente jocosos. Crece así la tentación de olvidar el carácter esencialmente *festivo* de la novela y de convertirla en una parábola moral o -aún peor, mucho peor- en un apólogo político.

Y lo cierto es que esta "gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia", como el mismo autor la presenta en cierto momento, resulta por lo menos ambivalente cuando se la toma como espejo de acción cívica. Evidentemente, Cervantes no pretendió tal cosa y se hubiera sorprendido sin duda al ver a su disparatado aunque conmovedor caballero exaltado (o degradado, vaya usted a saber) a ideal de actitud pública. Por lo que sabemos, el escritor era hombre políticamente sensato y liberal, como demuestran -entre otras páginas- las que dedica a los moriscos expulsados, tras las necesarias alabanzas de labios afuera que en honor de su mecenas debe hacer a la autoritaria medida. Quizá para él Don Quijote fue el risible y patético paradigma de una actitud grandilocuentemente imperial que ya no tenía lugar en el nuevo sistema de fuerzas que apuntaba en Europa a comienzos del siglo XVII, al menos en lo tocante a la aislada y declinante España. De vez en cuando, pone en boca del hidalgo manchego hermosas consideraciones que cualquier alma abierta suscribiría sin reservas, como su célebre elogio de la libertad:

"La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres". (Cap. LVIII de la segunda parte).

En otros aspectos, sin embargo, la nobleza de Don Quijote y su elocuencia, no siempre ni principalmente burlesca, tienen acentos más inquietantes para una perspectiva actual, inficionada de necesarios resabios progresistas. No se puede olvidar, por ejemplo, la insistencia quijotesca de primar las armas sobre las letras, es decir, sobre las leyes. La argumentación del Caballero de la Triste Figura es aquí digna, si no de Maquiavelo, por lo menos de ese otro caballero de semblante lúgubre (¿no le tomó uno de sus alumnos por el rostro mismo de la muerte?), el rector de Berlín, Hegel y su irremediable espíritu objetivo:

"Dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra tiene también sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A ésto responden las armas que las leyes no se



podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más". (Cap. XXXVIII de la primera parte).

A la aparente paradoja de que una de las virtudes de las armas sea la de poner fin a la guerra ya nos tienen acostumbrados hoy los discursos legitimadores de la disuasión nuclear, modelo político que difícilmente sin embargo calificaríamos de "quijotesco". Salvo, por supuesto, en lo que tiene de locura... En otro momento, Don Quijote media entre dos pueblos que se disponen a combatir por causa de los rebuznos de sus regidores (esta contundente parábola bélica nunca se la agradeceremos lo bastante a Cervantes) y trata de disuadirles de su empeño enumerándoles las causas legítimas de combate, entre las que por descontado no se cuentan los concursos de rebuznos. Pero con todo la lista de casos bélicos parece demasiado generosa e imprecisa:

"Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar armas y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas; la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey, en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen a tomar las armas; pero tomarlas por niñerías y

por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso". (Cap. XXVII de la segunda parte).

Que obedecer al rey en caso de guerra justa aparezca mencionado como una de las causas de guerra justa es sin duda un planteamiento viciosamente circular, pero la legitimación de la guerra rara vez no lo ha sido. Y la defensa (¿extensión, ilustración?) de la fe católica sigue ofreciéndose todavía sin sonrojo ni escrúpulo como primer motivo de batalla, lo cual sitúa a nuestro hidalgo, incluso en este su momento más conciliador, entre los partidarios de la justificación teológica de los ejércitos y de la beatificación doctrinal de las conquistas. Solitario, acosado y burlado, Don Quijote no se rebela empero contra los valores establecidos en su mundo, sino que les brinda un apoyo a destiempo, desmañado, involuntariamente irónico, que termina por parecerse a una puesta en cuestión... siempre que no olvidemos que se trata, en todos los sentidos, de un perfecto alienado. Si algo hay de subversivo en sus andanzas no estribará en la nobleza de su ideología ni en el obstinado arrojo de sus gestos, sino en la esterilidad de su postura toda, que ignora radicalmente el hechizo de que es presa.

En la mitificación meta-literaria de Don Quijote, fabricada a partir de la tragicización de su figura por descuido o mutilación de su naturaleza fundamentalmente cómica, se han dado ante todo dos tipos de hipóstasis: unos se han empeñado en hacer del caballero un emblema de la condición humana y otros, aparentemente más modestos, en el fondo más abusivos, lo han querido convertir en antonomasia del carácter español, sobre todo en el terreno político. Como otras formas de énfasis, estas trascendentalizaciones suelen más bien empobrecer que glorificar. Que la rica y divertida novela de Cervantes venga a ser a fin de cuentas una trabajosa advertencia de que el hombre se esfuerza por conseguir lo imposible, infructuosamente, y confunde la realidad con sus sueños, me parece una conclusión bastante mísera. Pero que el destino político de los españoles en el mundo se resuma en dar lanzadas a molinos y complacernos con ello, éso es algo muchísimo más alarmante. Hablar en general de "lo español, lo propia o distintivamente español" suele ser una vaciedad, como hablar de "lo alemán" o "lo francés": hay que sospechar siempre de esas totalizaciones tipológicas, que a menudo no pretenden más que justificar algún vacío individual o excusar una ambición hegemónica. Pero, supuesto que tal cosa como "lo español" exista, ¿por qué va a ser más típicamente español Don Quijote que Sancho Panza o que Sansón Carrasco o el cura o la sobrina o los duques...? Precisamente lo que demuestra un libro microcósmico como la novela de Cervantes es que hay mil modos igualmente lícitos y plausibles de habitar España, del vizcaino a Maritornes, de Ginés de Pasamonte a Altisidora: ésto es válido para el siglo XVII y para el nuestro. Si por "quijotismo" entendemos la vocación de luchar desinteresadamente por causas nobles y pérdidas, nada en Cervantes ni en la historia nos indica que esa característica sea más frecuente entre españoles que entre ciudadanos de otros pueblos. ¿Don Quijote, héroe nacional español? La hagiografía de los héroes nacionales casi nunca es inocente, ni siquiera en el caso del Caballero de la Triste Figura, que tiene respecto a otros padres de la patria las enormes ventajas de que estaba loco y que nunca existió.

Como símbolo de los trabajos y perplejidades de la voluntad de excelencia en este mundo, Don Quijote puede servir

de ilustración significativa y agridulce. Su epitafio deberían ser aquellos versos con los que acaba el soneto-mausoleo del Burlador a Sancho Panza, al final de la primera parte:

¡Oh vanas esperanzas de la gente!
¡Cómo pasáis con prometer descanso,
Y al final paráis en sombra, en humo, en sueño!

Como espejo e ideal político, empero, Don Quijote presenta ya mayores peligros. Porque pueden exaltarse en él su desprendimiento, su afán de proteger a los débiles y liberar a los cautivos, su fidelidad a los ideales o a la palabra dada, todo lo cual está muy bien; pero también podría darse en imitar su confianza en la intervención armada "providencial" como solución radical de los problemas, o su manía de proyectar prejuicios y dogmas sobre lo real en lugar de tener paciencia para observar y analizar, características éstas mucho menos recomendables. Si leemos la novela de Cervantes con cuidado, advertiremos que junto a algunas hazañas, Don Quijote lleva a cabo también bastantes fechorías y su evidente falta de malicia no resta peligrosidad o impertinencia a muchos de sus gestos. Recordemos la descripción que él mismo hace de la tarea del caballero andante:

"Bien parece un gallardo caballero, a los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso a un bravo toro; bien parece un caballero, armado de resplandecientes armas, pasar la tela en alegres justas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, o que lo parezcan, entretienen y alegran, y, si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes; pero sobre todos éstos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intención de darles dichosa y bien afortunada cima, sólo por alcanzar gloriosa fama y duradera..." (Cap. XVII de la segunda parte).

Pero Don Quijote no va por selvas y desiertos, sino por las rutas de un país que pretende vivir según un orden legal; y no tropieza con vestiglos ni endriagos, sino con problemas demasiado humanos cuyas raíces no entiende y a los que atribuye causas fabulosas, para luego intentar resolverlos a lanzadas. El mundo por el que Don Quijote transcurre no es ni mucho menos perfecto y está lleno de injusticias, pero el obcecado caballero es el menos indicado para diagnosticar los males con los que se encuentra. Su exagerado respeto por los príncipes de este mundo y por los títulos sonoros le llevan con frecuencia a rendir el homenaje que no debe a quien menos lo merece. El voluntarismo quijotesco cree poder conseguir por la fuerza del brazo cuanto apetece el pecho y esta arrogancia militar, digna e inocente en el bendito hidalgo (aunque no sin desagradables consecuencias a veces para los corrientes y molientes ciudadanos que se cruzan en su camino), es muy poco tranquilizadora como doctrina política. De la estofa de Don Quijote también pueden hacerse personajes que confundan el individualismo con la soberbia tiránica, que conviertan en norma el desdén a la vulgaridad de la ley y ensalzen las virtudes redentoras del golpe de mano, que llamen "ultraje al honor" a cualquier objeción a los privilegios de la prepotencia. Esto lo vio muy bien Thomas Mann en su interesante "Travesía marítima con Don Quijote", cuando se pregunta: "¿Qué especie de personaje sería un Quijote antiidealista, un Don

Quijote pesimista y sombrío, creyente en la fuerza del poder, un Don Quijote de la brutalidad y que, no obstante, siguiera siendo Don Quijote? A tanto no llegaron el humor y la melancolía de Cervantes”.

Es evidente en quién pensaba ahí el exiliado Thomas Mann, mientras cruzaba hacia América el océano huyendo de lúgubres “Quijotes de la brutalidad”. Y de éstos tampoco han faltado en la reciente historia de España, pues a fin de cuentas siempre hay algún temible fanático de nuestro “héroe nacional”, dispuesto a bendecir como “quijotescas” la audacia de Tejero o las atrocidades de los terroristas de ETA. Este mito siniestro es el Quijote que debiera ser de una vez por todas olvidado, sobre todo en cuanto representación deseable o inevitable de lo que ha de ser la convivencia política en España. La figura triste y cómica del inmortal caballero no es un modelo a seguir, sino quizá más bien una tentación a exorcisar; así lo consideró genialmente Franz Kafka, en su breve nota titulada “La verdad sobre Sancho Panza”:

“Gracias a un cúmulo de historias de bandidos y de novelas de caballerías leídas durante noches y veladas, Sancho Panza, que nunca por otra parte se envaneció de ello, llegó tan adecuadamente a distanciarse de sí a su demonio -al que dio más tarde el nombre de Don Quijote- que éste cometió sin miramientos los actos más locos, actos que, faltos de un objeto determinado de antemano que hubiera debido ser precisamente Sancho Panza, no causaban empero daño a nadie. Movido quizás por un cierto sentimiento de responsabilidad, Sancho Panza, que era un hombre libre, siguió estoicamente a Don Quijote en sus vagabundeos, lo que le procuró hasta el fin una diversión llena de utilidad y grandeza”.

Hay un aspecto bajo el que Don Quijote de la Mancha es y continuará siendo inatacable, recto, sin tacha: el fracaso. En este mundo de victorias prefabricadas, todo triunfador sueña un poco a hueco y en cambio la derrota tiene un grato aroma de sinceridad. Ese fracaso inalterable, refulgente, es quizá la más actual y permanente lección que Don Quijote puede ofrecer no ya a españoles, alemanes o ingleses, sino al lector individual de una cultura adoradora del éxito a toda costa. En sus momentos de efímera victoria (y Don Quijote vence en numerosas ocasiones a lo largo de la novela, contra lo que suele enseñarse tradicionalmente, según ha probado con agudeza Vladimir Nabokov en su lección sobre “Victorias y derrotas” de las *Lectures on Don Quixote*), en el arrullo mentiroso de la casa de los duques o al derribar al Caballero de los Espejos, Don Quijote puede sonar un poco a falso o a miles gloriosus, aunque sea de la mejor especie. Pero hay un momento en el que no cabe trampa ni engaño, cuando Don Quijote tiene ocasión de confesarse a sí mismo del todo y proclamar su alta nombradía. Derribado por el Caballero de la Blanca Luna, bajo la lanza que le somete, comprueba que no siempre el corazón tiene la fuerza de su lado y aún contra su belicoso oficio de armas sigue sin embargo fiel al corazón:

‘Vencido sois, caballero, y aún muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo:

-Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballe-



ro, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra”. (Cap. LXIV de la segunda parte).

Este es el reverso de la arrogancia caballeresca y también la auténtica fragua del héroe. Y así ganamos otro Don Quijote, el Caballero del Gran Desengaño, el Príncipe Incorruptible de los Caídos, al que invocaba el decepcionado Simón Bolívar de los últimos años diciendo: “En este mundo, los tres imbéciles más grandes hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo”. No tan imbéciles, sin embargo, si al final logra descubrirse que la simple flaqueza ante la fuerza bruta (ante el desagrdecimiento, el engaño, la corrupción...) no es bien que defraude la verdad por la que nos hemos esforzado. En cuanto héroe nacional, en cuanto adalid político, en cuanto absurdo prototipo de un españolismo de inquisición y tentetioso, Don Quijote es una equivocación o un fraude; pero en cuanto ángel traicionado por sí mismo y expulsado del paraíso de sus sueños, debe ser nuestro amigo, quizá nuestro cómplice. Es muy cierto lo que sobre él afirma Vladimir Nabokov para concluir su estudio varias veces citado: “Don Quijote es más grande hoy de lo que era en el vientre de Cervantes. Ha cabalgado durante más de trescientos cincuenta años a través de las junglas y tundras del pensamiento humano y ha ganado en vitalidad y estatura. Ya no nos reímos de él. Su blasón es la piedad, su pendón es la belleza. Permanece en todo lo que es amable, lejano, puro, desprendido y galante. La parodia se ha hecho parangón”. Olvidar su mito interesada o irracionalmente manipulado, es recuperar la novela memorable que cuenta su saga y hacernos dignos de la tradición sonriente y civilizada que la posibilitó.

Texto escrito para Radio Alemana del Norte (NDR), sobre una conferencia pronunciada en el Palacio de las Naciones de Ginebra, bajo el patrocinio del Club del Libro.